

CONTENIDOS

- La literatura de los años '50
- "Cabecita negra", de Germán Rozenmacher
- El contexto político: peronismo-antiperonismo
- La revisión del realismo
- El intelectual comprometido
- El existencialismo, la guerra y la absurda existencia humana
- *El extranjero*, de Albert Camus

6 REALISMO Y EXISTENCIALISMO LA LITERATURA DE LOS AÑOS '50



GERMÁN ROZENMACHER

Nació en Buenos Aires en 1936 y murió en 1971.

Fue escritor y periodista, y adhirió ideológicamente al peronismo de izquierda.

Escribió dos libros de cuentos, *Cabecita negra* y *Los ojos del tigre*, y las obras de teatro *Réquiem para un viernes a la noche* y *El caballero de Indias*, en los que intentaba reflejar la realidad de las clases medias y bajas de Buenos Aires.

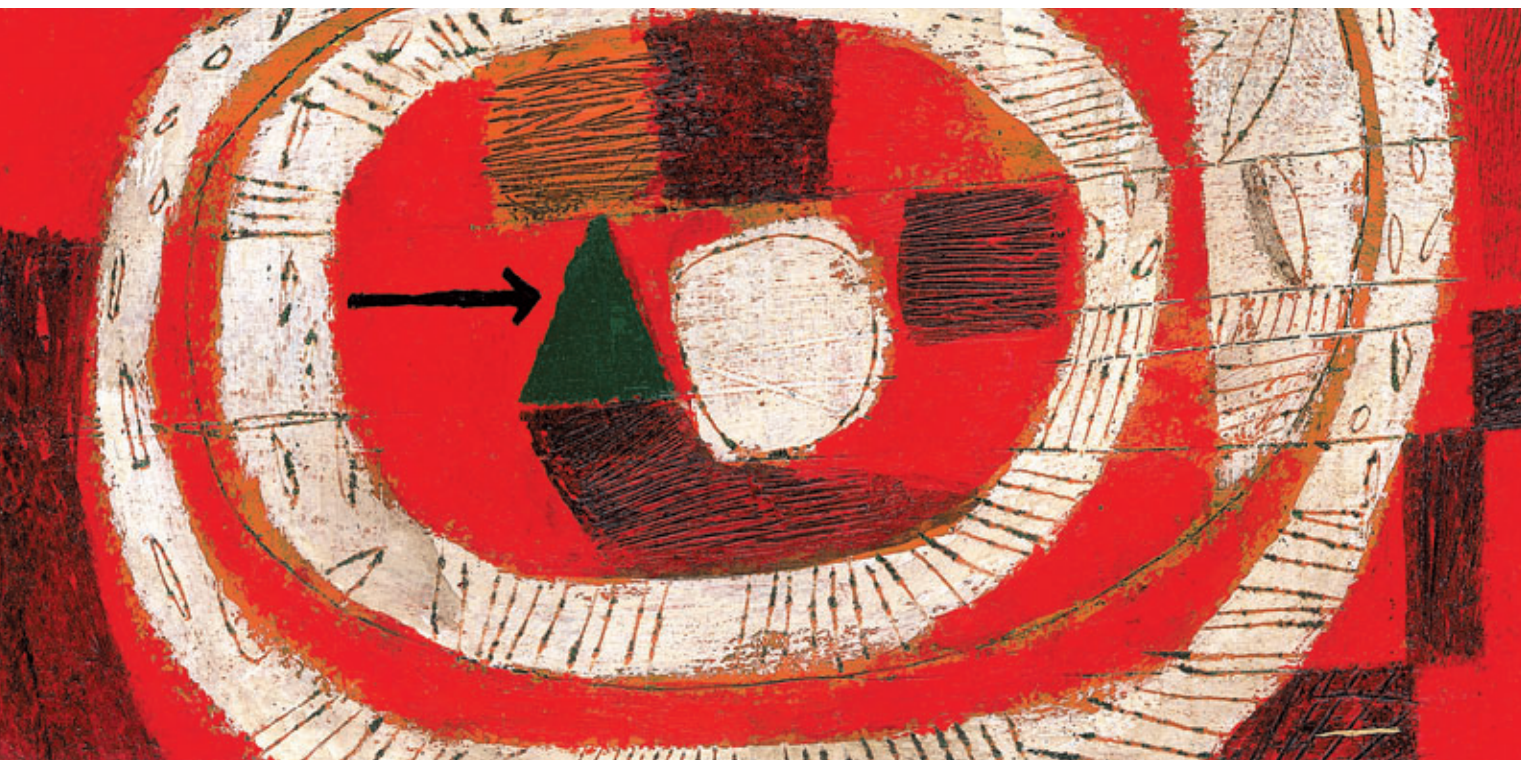
Cabecita negra*

El señor Lanari no podía dormir. Eran las tres y media de la mañana y fumaba enfurecido, muerto de frío, acodado en ese balcón del tercer piso, sobre la calle vacía, temblando encogido dentro del sobretodo de solapas levantadas. Después de dar vueltas y vueltas en la cama, de tomar pastillas y de ir y venir por la casa frenético y rabioso como un león enjaulado, se había vestido como para salir y hasta se había lustrado los zapatos.

Y ahí estaba ahora, con los ojos resecos, los nervios tensos, agazapado escuchando el invisible golpeteo de algún caballo de carro de verdulero cruzando la noche, mientras algún taxi daba vueltas a la manzana con sus faros rompiendo la neblina[...], esperando turno para entrar al amueblado* de la calle Cangallo, y un tranvía 63 con las ventanillas pegajosas, opacadas de frío, pasaba vacío de tanto en tanto, arrasándose entre las casas de uno o dos a siete pisos y se perdía, entre los pocos letreros luminosos de los hoteles, que brillaban mojados, apenas visibles, calle abajo.

Ese insomnio era una desgracia. Mañana estaría resfriado y andaría abombado como un sonámbulo todo el día. Y además nunca había hecho esa idiotez de levantarse y vestirse en plena noche de invierno nada más que para quedarse ahí, fumando en el balcón. ¿A quién se le ocurría hacer esas cosas? Se encogió de hombros, angustiado. La noche se había hecho para dormir y se sentía viviendo a contramano. Solamente él se sentía despierto en medio del enorme silencio de la ciudad dormida.

Un silencio que lo hacía moverse con cierto sigiloso cuidado, como si pudiera despertar a alguien. Se cuidaría muy bien de no contárselo a su socio de la ferretería



porque lo cargaría un año entero por esa ocurrencia de lustrarse los zapatos en medio de la noche. En este país donde uno aprovechaba cualquier oportunidad para joder a los demás y pasarla bien a costillas ajenas había que tener mucho cuidado para conservar la dignidad. Si uno se descuidaba, lo llevaban por delante, lo aplastaban como a una cucaracha. Estornudó. Si estuviera su mujer ya le habría hecho uno de esos tés de yuyos que ella tenía y santo remedio. Pero suspiró desconsolado. Su mujer y su hijo se habían ido a pasar el fin de semana a la quinta de Paso del Rey llevándose a la sirvienta así que estaba solo en la casa. Sin embargo, pensó, no le iban tan mal las cosas. No podía quejarse de la vida. Su padre había sido un cobrador de la luz, un inmigrante que se había muerto de hambre sin haber llegado a nada. El señor Lanari había trabajado como un animal y ahora tenía esa casa del tercer piso cerca del Congreso, en propiedad horizontal y hacía pocos meses había comprado el pequeño Renault que ahora estaba abajo, en el garaje y había gastado una fortuna en los hermosos apliques cromados de las portezuelas. La ferretería de la Avenida de Mayo iba muy bien y ahora tenía también la quinta de fin de semana donde pasaba las vacaciones. No podía quejarse. Se daba todos los gustos. Pronto su hijo se recibiría de abogado y seguramente se casaría con alguna chica distinguida. Claro que había tenido que hacer muchos sacrificios. En tiempos como éstos, donde los desórdenes políticos eran la rutina, había estado varias veces al borde de la quiebra. Palabra fatal que significaba el escándalo, la ruina, la pérdida de todo. Había tenido que aplastar muchas cabezas para sobrevivir, porque si no, hubieran hecho lo mismo con él. Así era la vida.

Pero había salido adelante. Además cuando era joven tocaba el violín y no había cosa que le gustase más en el mundo. Pero vio por delante un porvenir dudoso y sombrío lleno de humillaciones y miseria y tuvo miedo. Pensó que se debía a sus semejantes, a su familia, que en la vida uno no podía hacer todo lo que quería, que tenía que seguir el camino recto, el camino debido y que no debía fracasar. Y entonces todo lo que había hecho en la vida había sido para que lo llamaran “señor”. Y entonces juntó dinero y puso una ferretería. Se vivía una sola vez y no le había ido tan mal. No, señor. Ahí afuera, en la calle, podían estar matándose. Pero él tenía esa casa, su refugio, donde era el dueño, donde se podía vivir en paz, donde todo estaba en su lugar, donde lo respetaban. Lo único que lo desesperaba era ese insomnio. Dieron las cuatro de la mañana. La niebla era más espesa. Un silencio pesado había caído sobre Buenos Aires. Ni un ruido. Todo en calma. Hasta el señor Lanari tratando de no despertar a nadie, fumaba, adormeciéndose.

De pronto una mujer gritó en la noche. De golpe. Una mujer aullaba a todo lo que daba como una perra salvaje y pedía socorro sin palabras, gritaba en la neblina, llamaba a alguien, a cualquiera. El señor Lanari dio un respingo, y se estremeció, asustado. La mujer aullaba de dolor en la neblina y parecía golpearlo con sus gritos como un puñetazo. El señor Lanari quiso hacerla callar, era de noche, podía despertar a alguien, había que hablar más bajo. Se hizo un silencio. Y de pronto la mujer gritó de nuevo, reventando el silencio y la calma y el orden, haciendo escándalo y pidiendo socorro con su aullido visceral de carne y sangre, anterior a las palabras, casi un vagido* de niña, desesperado y solo.

El viento siguió soplando. Nadie despertó. Nadie se dio por enterado. Entonces el señor Lanari bajó a la calle y fue en la niebla, a tientas, hasta la esquina. Y allí la vio. Nada más que una cabecita negra sentada en el umbral del hotel que tenía el letrero luminoso “Para Damas” en la puerta, despatarrada y borracha, casi una niña, con las manos caídas sobre la falda, vencida y sola y perdida, y las piernas abiertas bajo la pollera sucia de grandes flores chillonas y rojas y la cabeza sobre el pecho y una botella de cerveza bajo el brazo.

—Quiero ir a casa, mamá—lloraba—. Quiero cien pesos para el tren para irme a casa.

Era una china que podía ser su sirvienta sentada en el último escalón de la estrecha escalera de madera en un chorro de luz amarilla.

El señor Lanari sintió una vaga ternura, una vaga piedad, se dijo que así eran estos negros, qué se iba a hacer, la vida era dura, sonrió, sacó cien pesos y se los puso arrollados en el gollete* de la botella pensando vagamente en la caridad. Se sintió satisfecho. Se quedó mirándola, con las manos en los bolsillos, despreciándola despacio.

—¿Qué están haciendo ahí ustedes dos? —la voz era dura y malévola. Antes que se diera vuelta ya sintió una mano sobre su hombro.





—A ver, ustedes dos, vamos a la comisaría. Por alterar el orden en la vía pública. El señor Lanari, perplejo, asustado, le sonrió con un gesto de complicidad al vigilante.

—Mire estos negros, agente, se pasan la vida en curda y después se embroman y hacen barullo y no dejan dormir a la gente.

Entonces se dio cuenta de que el vigilante también era bastante morochito pero ya era tarde. Quiso empezar a contar su historia.

—Viejo baboso —dijo el vigilante mirando con odio al hombrecito despectivo, seguro y sobrador que tenía adelante—. Hacete el gil ahora.

El voseo golpeó al señor Lanari como un puñetazo.

—Vamos. En cana.

El señor Lanari parpadeaba sin comprender. De pronto reaccionó violentamente y le gritó al policía.

—Cuidado señor, mucho cuidado. Esta arbitrariedad le puede costar muy cara. ¿Usted sabe con quién está hablando? —había dicho eso como quien pega un tiro en el vacío. El señor Lanari no tenía ningún comisario amigo.

—Andá, viejito verde, andá, ¿te creés que no me di cuenta que la largaste dura y ahora te querés lavar las manos? —dijo el vigilante y lo agarró por la solapa levantando a la negra que ya había dejado de llorar y que dejaba hacer, cansada, ausente y callada, mirando simplemente todo. El señor Lanari temblaba. Estaban todos locos. ¿Qué tenía que ver él en todo eso? Y además, ¿qué pasaría si fuera a la comisaría y aclarara todo y entonces no le creyeran y se complicaran más las cosas? Nunca había pisado una comisaría. Toda su vida había hecho lo posible para no pisar una comisaría. Era un hombre decente. Ese insomnio había tenido la culpa. Y no había ninguna garantía de que la policía aclarase todo. Pasaban cosas muy extrañas en los últimos tiempos. Ni siquiera en la policía se podía confiar. No. A la comisaría no. Sería una vergüenza inútil.

—Vea agente. Yo no tengo nada que ver con esta mujer —dijo señalándola. Sintió que el vigilante dudaba. Quiso decirle que ahí estaban ellos dos, del lado de la ley y esa negra estúpida que se quedaba callada, para peor, era la única culpable.

De pronto se acercó al agente que era una cabeza más alto que él, y que lo miraba de costado, con desprecio, con duros ojos salvajes, inyectados y malignos, bestiales, con grandes bigotes de morsa. Un animal. Otro cabecita negra.

—Señor agente —le dijo en tono confidencial y bajo como para que la otra no escuchara, parada ahí, con la botella vacía como una muñeca, acunándola entre

*

cabecita negra: forma despectiva de nombrar a los migrantes internos que llegaron a las ciudades a partir de la década de 1940; más tarde, por extensión, a los peronistas.

amueblado: albergue transitorio.

vagido: gemido de un recién nacido.

gollete: cuello de botella.

historia de Mitre: Bartolomé Mitre escribió *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina, e Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, cada una de ellas de tres tomos.

las patas en las fuentes de plaza

Congreso: se refiere a los hechos que tuvieron lugar el 17 de octubre de 1945, en la Plaza de Mayo.

chusma: forma peyorativa de denominar colectivamente a los "cabecitas negras".

los brazos, cabeceando, ausente como si estuviera tan aplastada que ya nada le importaba.

—Venga a mi casa, señor agente. Tengo un coñac de primera. Va a ver que todo lo que le digo es cierto —y sacó una tarjeta personal y los documentos y se los mostró—. Vivo ahí al lado —gimió casi, manso y casi adúlón, quejumbroso, sabiendo que estaba en manos del otro sin tener ni siquiera un diputado para que sacara la cara por él y lo defendiera. Era mejor amansarlo, hasta darle plata y convencerlo para que lo dejara de embromar.

El agente miró el reloj y de pronto, casi alegremente, como si el señor Lanari le hubiera propuesto una gran idea, lo tomó a él por un brazo y a la negrita por otro y casi amistosamente se fue con ellos. Cuando llegaron al departamento, el señor Lanari prendió todas las luces y les mostró la casa a las visitas. La negra apenas vio la cama matrimonial se tiró y se quedó profundamente dormida.

Qué espantoso, pensó, si justo ahora llegaba gente, su hijo o sus parientes o cualquiera, y lo vieran ahí, con esos negros, al margen de todo, como metidos en la misma oscura cosa viscosamente sucia; sería un escándalo, lo más horrible del mundo, un escándalo, y nadie le creería su explicación y quedaría repudiado, como culpable de una oscura culpa, y yo no hice nada mientras hacía eso tan desusado, ahí a las cuatro de la mañana, porque la noche se había hecho para dormir y estaba atrapado por esos negros, él, que era una persona decente, como si fuera una basura cualquiera, atrapado por la locura, en su propia casa.

—Dame café—dijo el policía y en ese momento el señor Lanari sintió que lo estaban humillando. Toda su vida había trabajado para tener eso, para que no lo atropellaran y así, de repente, ese hombre, un cualquiera, un vigilante de mala muerte lo trataba de che, le gritaba, lo ofendía. Y lo que era peor, vio en sus ojos un odio tan frío, tan inhumano, que ya no supo qué hacer. De pronto pensó que lo mejor sería ir a la comisaría porque aquel hombre podría ser un asesino disfrazado de policía que había venido a robarlo y matarlo y sacarle todas las cosas que había conseguido en años y años de duro trabajo, todas sus posesiones, y encima humillarlo y escupirlo. Y la mujer estaba en toda la trampa como carnada. Se encogió de hombros. No entendía nada. Le sirvió café. Después lo llevó a conocer la biblioteca. Sentía algo presagante, que se cernía, que se venía. Una amenaza espantosa que no sabía cuándo se le desplomaría encima ni cómo detenerla.

El señor Lanari, sin saber por qué, le mostró la biblioteca abarrotada con los mejores libros. Nunca había podido hacer tiempo para leerlos pero estaban allí. El señor Lanari tenía su cultura. Había terminado el colegio nacional y tenía toda la historia de Mitre* encuadrada en cuero. Aunque no había podido estudiar violín tenía un hermoso tocadiscos y allí, posesión suya, cuando quería, la mejor música del mundo se hacía presente.

Hubiera querido sentarse amigablemente y conversar de libros con ese hombre. Pero ¿de qué libros podría hablar con ese negro? Con la otra durmiendo en su cama y ese hombre ahí frente suyo, como burlándose, sentía un oscuro malestar que le iba creciendo, una inquietud sofocante. De golpe se sorprendió de que justo ahora quisiera hablar de libros y con ese tipo. El policía se sacó los zapatos, tiró por ahí la gorra, se abrió la campera y se puso a tomar despacio.



El señor Lanari recordó vagamente a los negros que se habían lavado alguna vez las patas en las fuentes de plaza Congreso*. Ahora sentía lo mismo. La misma vejación, la misma rabia. Hubiera querido que estuviera ahí su hijo. No tanto para defenderse de aquellos negros que ahora se le habían despatarrado en su propia casa, sino para enfrentar todo eso que no tenía ni pies ni cabeza y sentirse junto a un ser humano, una persona civilizada. Era como si de pronto esos salvajes hubieran invadido su casa. Sintió que deliraba y divagaba y sudaba y que la cabeza le estaba por estallar. Todo estaba al revés. Esa china que podía ser su sirvienta en su cama y ese hombre del que ni siquiera sabía a ciencia cierta si era policía, ahí, tomando su coñac. La casa estaba tomada.

—Qué le hiciste —dijo al fin el negro.

—Señor, mida sus palabras. Yo lo trato con la mayor consideración. Así que haga el favor de... —el policía o lo que fuera lo agarró de las solapas y le dio un puñetazo en la nariz. Anonadado, el señor Lanari sintió cómo le corría la sangre por el labio. Bajó los ojos. Lloraba. ¿Por qué le estaban haciendo eso? ¿Qué cuentas le pedían? Dos desconocidos en la noche entraban en su casa y le pedían cuentas por algo que no entendía y todo era un manicomio.

—Es mi hermana. Y vos la arruinaste. Por tu culpa, ella se vino a trabajar como muchacha, una chica, una chiquilina, y entonces todos creen que pueden llevarse-la por delante. Cualquiera se cree vivo ¿eh? Pero hoy apareciste, porquería, apareciste justo y me las vas a pagar todas juntas. Quién iba a decirlo, todo un señor...

El señor Lanari no dijo nada y corrió al dormitorio y empezó a sacudir a la chica desesperadamente.

La chica abrió los ojos, se encogió de hombros, se dio vuelta y siguió durmiendo.

El otro empezó a golpearlo, a patearlo en la boca del estómago, mientras el señor Lanari decía no, con la cabeza y dejaba hacer, anonadado, y entonces fue cuando la chica despertó y lo miró y le dijo al hermano:

—Éste no es, José —lo dijo con una voz seca, inexpresiva, cansada, pero definitiva. Vagamente, el señor Lanari vio la cara atontada, despavorida, humillada del otro y vio que se detenía, bruscamente y vio que la mujer se levantaba, con pesadez, y por fin, sintió que algo tontamente le decía adentro “Por fin se me va este maldito insomnio” y se quedó bien dormido. Cuando despertó, el sol estaba alto y le dio en los ojos, enceguciéndolo. Todo en la pieza estaba patas arriba, todo revuelto y le dolía terriblemente la boca del estómago. Sintió un vértigo, sintió que estaba a punto de volverse loco y cerró los ojos para no girar en un torbellino. De pronto se precipitó a revisar todos los cajones, todos los bolsillos, bajó al garaje a ver si el auto estaba todavía, y jadeaba, desesperado a ver si no le faltaba nada. ¿Qué hacer, a quién recurrir? Podría ir a la comisaría, denunciar todo, pero ¿denunciar qué? ¿Todo había pasado de veras? “Tranquilo, tranquilo, aquí no ha pasado nada” trataba de decirse pero era inútil: le dolía la boca del estómago y todo estaba patas arriba y la puerta de calle abierta. Tragaba saliva. Algo había sido violado. “La chusma*”, dijo para tranquilizarse, “hay que aplastarlos, aplastarlos”, dijo para tranquilizarse. “La fuerza pública”, dijo, “tenemos toda la fuerza pública y el ejército”, dijo para tranquilizarse. Sintió que odiaba. Y de pronto el señor Lanari supo que desde entonces jamás estaría seguro de nada. De nada.

Germán Rozenmacher: “Cabecita negra”, en *Cabecita negra*, Buenos Aires, Ediciones De la Flor, 1997.



1. En el cuento aparecen numerosos datos que brindan información sobre Lanari: su vida, su posición económica, su clase social.

¿Cuáles son?

2. El cuento está narrado desde la mirada o punto de vista del personaje Lanari. Enumeren las expresiones que usa el narrador para señalar su actitud y sentimientos hacia los “cabecitas negras”, es decir, la mujer y el policía.

Peronismo, antiperonismo y literatura

Borges versus Perón

Borges no estaba de acuerdo con el peronismo. Por tal motivo fue removido de su cargo en la biblioteca municipal del barrio de Almagro y nombrado Inspector de aves y conejos en el Mercado del Abasto, cargo al que renunció. En 1947, la “sociedad secreta” que había formado con Adolfo Bioy Casares decidió utilizar con fines claramente políticos el seudónimo Bustos Domecq a través del cuento “La fiesta del monstruo”, que circuló mecanografiado y de modo restringido. El narrador, un muchacho peronista, relata en primera persona y en un registro muy realista el violento asesinato de un joven judío en una manifestación. En un fragmento del cuento, se alude a Perón y a sus métodos de gobierno, sin nombrarlo: “Nos puso en forma para lo que vino después: la palabra del Monstruo. Estas orejas la escucharon, gordeta, mismo como todo el país, porque el discurso se transmite en cadena...”.

■ Busquen información en textos de Historia sobre los hechos que desencadenaron en el 17 de octubre de 1945.

El 17 de octubre de 1945, algunos de los trabajadores que se habían congregado en la Plaza de Mayo para exigir la libertad de Perón se refrescaron en las fuentes. Este hecho, posteriormente reivindicado con orgullo por los peronistas como un hecho originario, escandalizó a los sectores opositores de la época.

El 17 de octubre de 1945 marcó un hito en la historia argentina. Ese día, miles de hombres y mujeres ocuparon la Plaza de Mayo exigiendo la libertad de Juan D. Perón (que había sido encarcelado en la isla Martín García). Así, por primera vez en la historia, la clase obrera —integrada sobre todo por migrantes internos e hijos de inmigrantes europeos que trabajaban en la industria— se manifestó masivamente en defensa de sus intereses e incidió en el curso de los acontecimientos del país.

Al año siguiente, Perón fue elegido presidente e inauguró un período que se caracterizó por revertir el estado de postergación de las mayorías populares: redistribuyó el ingreso mejorando los salarios, los servicios sociales y el acceso a la vivienda, entre otros beneficios. Esta política fue percibida por las clases media y alta del país —incluidos algunos de los representantes más destacados de su cultura— como una invasión de sectores sociales que venían a apropiarse de espacios políticos, económicos y culturales que no les correspondían. El resultado fue una confrontación peronismo-antiperonismo que se prolongó durante varias décadas en el país.

En numerosas obras literarias del período hay una mirada despectiva sobre los sectores populares que ingresan a la historia; por ejemplo, en el cuento “La fiesta del monstruo” (en *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*), escrito por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, publicado en Montevideo en 1956. Allí, los acontecimientos de octubre de 1945 se narran como la invasión del peronismo al Estado; “la chusma” aparece como un extraño —el pueblo y su violencia— que amenaza la estabilidad de la Argentina; y la jornada del 17 de octubre es representada irónicamente como “la fiesta del monstruo”.

Perón fue derrocado el 16 de septiembre de 1955 por un levantamiento militar —autoproclamado Revolución Libertadora— y el peronismo fue proscripto. Sin embargo, el líder, desde el exilio, ocupó un lugar central en la política argentina durante los casi veinte años siguientes; hasta que regresó al país y fue reelegido presidente en 1973. Entre esos años, las jóvenes generaciones realizaron una nueva lectura del peronismo. Y también aparecieron obras literarias que brindaban una nueva perspectiva sobre la sociedad de entonces, como el cuento “Cabecita negra”, de Germán Rozenmacher.



“Cabecita negra” y la oposición civilización-barbarie

La historia de “Cabecita negra” está narrada en tercera persona, desde el punto de vista de Lanari, un personaje que representa a la típica clase media argentina del período 1950-1960. Sin embargo, la perspectiva de esta narración difiere de la adoptada en “La fiesta del monstruo”, de Borges y Bioy Casares, ya que la crítica no recae sobre los cabecitas negras sino sobre la clase que los desdén.

En el relato se alude a un conflictivo momento político que afectaba la vida de las personas comunes (“En tiempos como éstos, donde los desórdenes políticos eran la rutina, había estado varias veces al borde de la quiebra”) y se traducía en enfrentamientos cotidianos que alimentaban las fabulaciones de Lanari (“En este país donde uno aprovechaba cualquier oportunidad para joder a los demás y pasarla bien a costillas ajenas”). Esas divisiones se anuncian a medida que avanza el relato mediante distintos recursos hasta que, con la intromisión del policía y su hermana al departamento de Lanari, quedan claramente definidos los dos territorios antagónicos, como un eco de la oposición entre civilización y barbarie. Lanari se constituye en el representante de una clase de gente decente, civilizada, con acceso a los bienes culturales; en la vereda de enfrente, los cabecitas negras, quienes exhiben actitudes que los identifican dentro de una cultura muy diferente (“El señor Lanari recordó vagamente a los negros que se habían lavado alguna vez las patas en las fuentes de plaza Congreso”, en evidente alusión a la anécdota atribuida a las masas que se movilizaron el 17 de octubre de 1945).

La presencia de la “chusma” en la casa de Lanari pone las cosas “al revés” y él se ve forzado a reconocer que “la casa estaba tomada”. De ese modo hace referencia a otro relato, escrito en 1945 y recogido en *Bestiario* en 1950: “Casa tomada”, de Julio Cortázar. En ese cuento también se describe una invasión, pero misteriosa y fantástica. Años después, Juan José Sebreli fue el primero en proponer la interpretación de “Casa tomada” a partir de dos sentidos fundamentales: por un lado, el ingreso de lo extraño como metáfora del peronismo, como invasión que descompone el mundo familiar; y por otro, la aceptación pasiva de este fenómeno político y social sin intentar acercarse, conocerlo y, menos aún, explicarlo. Sin embargo, si en “Casa tomada” todavía no se nombraba ni identificaba a los invasores, en el cuento de Rozenmacher, escrito doce años después, ya están claramente delimitados: son dos cabecitas negras con nombre y rostro concretos, un policía y su hermana, quienes se introducen violentamente en la cotidianeidad pequeñoburguesa de Lanari.

En el cuento se representa la sensación agobiante que generaba, para determinada clase social, la presencia de la gente de los suburbios, del campo y del interior del país, que ya para entonces se había radicado en Buenos Aires.

La pintura como denuncia social

El 28 de agosto de 1945 se distribuyó el primer ejemplar de del diario *Clarín* en la Argentina. En sus primeros números aparecieron noticias sobre el Salón de Independientes, un evento artístico que reunió a varios pintores como Raquel Forner, Antonio Berni y Juan Carlos Castagnino, entre otros. El Salón fue considerado una “expresión rebelde ante la situación por la que atraviesa el país”.



Manifestación, obra de Antonio Berni, 1934 (detalle).

1. Busquen en el cuento sustantivos y adjetivos que caractericen hechos o personas, asociándolos a los conceptos de civilización o barbarie.
2. ¿De qué modo se alude a Lanari como un representante de la clase culta a la que el policía no pertenece?
3. Analicen los procedimientos con los que Lanari intenta

- “salvarse” frente al policía. Si éste no hubiera sido el hermano de la muchacha, ¿hubieran sido efectivos? ¿Por qué?
4. Rastreen en el texto palabras o frases que “animalicen” a los cabecitas negras.
5. Identifiquen en el cuento los datos que permiten fechar aproximadamente la época en que se desarrolla la acción.

La literatura de los años '50

Cine y censura en la Argentina

En esos años, gracias a una política de fomento de la industria cinematográfica, se produjo gran cantidad de películas y se publicaron varias revistas dedicadas a la crítica, como *Gente de cine* (1951-1957) y *Tiempo de cine* (1960-1968).

En 1952 se estrenó *Las aguas bajan turbias*, de Hugo del Carril, en la que se reflejaba la problemática social desde una perspectiva aceptable para el poder. Sin embargo, *El gran dictador*, de Chaplin, fue censurada y sólo pudo exhibirse luego de que se cortara un famoso pasaje en el que Carlitos hace un discurso contra el autoritarismo.



Escena de *Las aguas bajan turbias*, con Hugo del Carril y Adriana Benetti.

Revistas literarias

La Gaceta Literaria (1956), *El grillo de papel* (1957), *La rosa blindada* (1960) y *El escarabajo de oro* (1961) fueron algunas revistas literarias que exploraron los temas del compromiso, la función de la poesía y las relaciones entre sociedad y literatura.

El triunfo de Perón en 1945 y los cambios que se produjeron a partir de entonces en la sociedad fueron el entorno en el cual se definieron las nuevas generaciones argentinas. Esto modificó profundamente la relación entre política y literatura que se había desarrollado desde los inicios de la nación.

A partir de los años '50, los escritores debieron redefinir su interpretación de la realidad, y las actitudes y los modos que utilizaban para referirse a ella. Hasta entonces y durante décadas había predominado el modelo realista, nacido en Europa. Pero, en este período, ese modelo se reformuló después del cuestionamiento que realizaron las vanguardias de principios de siglo (Surrealismo, Dadaísmo, Creacionismo, etcétera), de las polémicas dentro de la crítica de la izquierda política y de la filosofía existencialista, entre otras.

Fue evidente que existía una lucha entre concepciones de la realidad que dependían de la postura política o filosófica de los intelectuales; de ellas surgieron corrientes literarias como el costumbrismo humanista, la novela de la tierra, el realismo proletario o el realismo crítico. A la vez, aquel debate que a principios de siglo había surgido entre los grupos llamados Florida y Boedo se reactualizó, dando lugar a reajustes y reubicaciones dentro de la polémica en torno de la cuestión del realismo. No fue menor, en medio de estos conflictos de ideas, el desconcierto que produjo entre los intelectuales el hecho de que el poder, en manos de un peronismo sostenido por amplios sectores sociales y, especialmente, por la clase trabajadora, ejerciera la censura en el ámbito cultural, tanto sobre la derecha como sobre la izquierda.

Para algunos críticos, pese a la heterogeneidad, lo que caracteriza a los escritores de este período es la necesidad de volcar la experiencia histórica en una experiencia literaria, como un intento de captar la realidad a partir de una interpretación social. Entre los autores que comenzaron a producir y a publicar alrededor de la década del '50 se encuentran nombres que representan posturas tan diversas como antagónicas, en algunos casos: David Viñas (1927), Beatriz Guido (1922-1988), Marta Lynch (1930-1985), Andrés Rivera (1926), Antonio Di Benedetto (1922-1986), Haroldo Conti (1925-1976) y Rodolfo Walsh (1927-1977).

David Viñas, un escritor emblemático

David Viñas fundó e impulsó la revista literaria *Contorno*, que convocó a muchos jóvenes destacados de esa década. Esta tarea y su producción como narrador, ensayista y dramaturgo lo posicionaron entre los autores más importantes de nuestra literatura. Sus novelas, dramas y guiones de cine basados en episodios de la vida histórica argentina evidencian una particular observación crítica de la sociedad de su época y un minucioso trabajo de creación de atmósferas en las que predominan la violencia política y la discusión ideológica.

Viñas fue profesor universitario y vivió exiliado en México y España durante la última dictadura militar (1976-1983). Escribió varias novelas (*Los años despiadados*, *Un dios cotidiano*, *Prontuario*), libros de cuentos (*Las malas costumbres*) y obras de teatro (*Tupac Amaru*; *Poder, apogeo y escándalos del coronel Dorrego*). De su trabajo como ensayista merece citarse una obra clásica de la crítica: *Literatura argentina y realidad política*, cuya primera versión se publicó en 1964 y en la que aplicó el método sociológico para analizar la literatura argentina. También escribió guiones de películas como *El jefe* (1958) y *El candidato* (1959), filmadas por el director Fernando Ayala.

La revista *Contorno*

En la primera mitad de los años '50, un grupo de intelectuales jóvenes —en su mayoría, participantes de la revista *Verbum*, del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires— planteó un proyecto cultural que aportó una renovación ideológica a la cultura argentina.

Entre los integrantes de este grupo se encontraban Oscar Masotta, Carlos Correas, Juan José Sebrelli, los hermanos Ismael y David Viñas y Noé Jitrik. Ellos y otros destacados autores, desde la revista *Contorno* (1953-1959), se propusieron indagar una nueva forma de entender la literatura a partir del compromiso que debían asumir los intelectuales respecto de la apremiante realidad en que vivían.

Contorno constituyó una nueva línea de progresiva ruptura e innovación en el ámbito de la cultura. Uno de sus legados más importantes fue el intento de construir una historia crítica de la literatura nacional, que se fue sosteniendo (sobre todo, a partir del número 5/6) sobre ejes históricos y políticos. A diferencia de otras revistas, como *Buenos Aires Literaria* (1952-1954), que sólo publicó textos de autores nacionales y extranjeros consagrados, la revista *Contorno* operó una profunda renovación en las letras argentinas y se convirtió en el órgano de la nueva generación. Como parte de su tarea de renovación, rescató a autores anteriores como Roberto Arlt —que hasta entonces había sido marginado—, pues reconocieron en sus obras el desafío a las reglas literarias y sociales aceptadas en la época.

El intelectual comprometido

Los jóvenes de *Contorno* diseñaron su proyecto editorial oponiéndose a los planteos de la revista *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo. Uno de los primeros reproches a *Sur* fue su escasa preocupación por la realidad. Desde su nombre, *Contorno*, se ubicaron precisamente como una alternativa opuesta y abarcativa. Según sus integrantes, se atravesaba un tiempo de desorientación en el que, si bien era difícil tomar posición, estaba “prohibido guardar silencio”, como afirmó Viñas en 1953. El “denuncialismo” anunciado desde el primer número, como voluntad de ser la voz de los que no tenían voz, definió un nuevo rol del intelectual que tenía sus raíces en el pensamiento de Jean Paul Sartre.

Muchos factores influyeron sobre las posturas del grupo que hacía *Contorno*. La relación peronismo-antiperonismo fue uno de los más importantes; otro fue su vinculación con el existencialismo en su versión francesa de la segunda posguerra. Desde el comienzo, lo que caracterizó con vigor a estos jóvenes fue el manejo de una terminología filosófica, aprendida en la lectura de autores franceses como Sartre y Albert Camus. Casi todos los integrantes de *Contorno* habían viajado a Francia una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, donde habían tomado contacto con los conocimientos teóricos que tratarían de aplicar luego a la compleja realidad argentina.

Aparecida un poco antes del derrocamiento de Perón, la revista mostró hasta qué punto había cambiado el clima en la literatura argentina. Así, al proclamar la necesidad de que el intelectual se comprometiera con la realidad, enjuiciaba la postura de la generación que la había precedido.



El existencialismo y Jean-Paul Sartre

El existencialismo fue una corriente filosófica que resaltaba el papel determinante de la conciencia de la propia finitud —es decir, de la muerte— en las acciones humanas. Su nombre sugiere su tema central: la existencia del individuo concreto y, en consecuencia, la subjetividad, la libertad individual y los conflictos de elegir. Tuvo gran influencia sobre distintos escritores de los siglos XIX y XX.

Jean-Paul Sartre (París, 1905-1980) es considerado uno de los mayores exponentes del existencialismo. Escribió varias obras filosóficas fundamentales como *El ser y la nada*. En *¿Qué es la literatura?* se refirió al compromiso del escritor y defendió una visión del arte que fue decisiva para el pensamiento francés y europeo de mediados del siglo XX.

El extranjero (1942), la novela del escritor francés Albert Camus, narra desde una perspectiva existencialista la historia de Meursault, un hombre cuya vida carece de sentido. Comete un crimen absurdo y, a pesar de sentirse inocente, jamás se manifiesta contra su ajusticiamiento ni muestra sentimiento alguno de injusticia, arrepentimiento o lástima.

El extranjero



ALBERT CAMUS

Nació en 1913 en Argelia y murió en un accidente automovilístico

en 1960. En 1940 se instaló en Francia, donde pasó a formar parte de la Resistencia contra el nazismo. Se lo recuerda fundamentalmente por su ensayo *El mito de Sísifo* y dos de sus novelas, *La peste* y *El extranjero*.

La historia comienza cuando muere la madre de Meursault. Él va al funeral, pero actúa de manera insensible, sin manifestar tristeza. Un día después se relaciona sentimentalmente con María, una ex compañera de oficina.

María [...] se rió. [...] Un momento después me preguntó si la amaba. Le contesté que no tenía importancia, pero que me parecía que no. Pareció triste. Pero al preparar el almuerzo, y sin motivo alguno, se echó a reír otra vez de tal manera que la besé. En ese momento el ruido de una pelea estalló en la habitación de Raimundo.

Se oyó al principio una voz aguda de mujer y luego a Raimundo que decía: “¡Me engañaste, me engañaste! Yo te voy a enseñar a engañarme”. Algunos ruidos sordos y la mujer aulló, pero de tan terrible manera que inmediatamente el pasillo se llenó de gente. También María y yo salimos. La mujer gritaba sin cesar y Raimundo pegaba sin cesar. María me dijo que era terrible y yo no respondí. Me pidió que fuese a buscar a un agente, pero le dije que no me gustaban los agentes. Sin embargo, llegué con el inquilino del segundo, que es plomero. Golpeó en la puerta y no se oyó nada más. Golpeó con más fuerza y, al cabo de un momento, la mujer lloró otra vez y Raimundo abrió. Tenía un cigarrillo en la boca y el aire dulzón. La muchacha se precipitó hacia la puerta y declaró al agente que Raimundo le había pegado. “Tu nombre”, dijo el agente. Raimundo respondió. “Quitate el cigarrillo de la boca cuando me hablas”, dijo el agente. Raimundo titubeó; me miró y se quedó con el cigarrillo. Entonces el agente le cruzó la cara al vuelo con una bofetada espesa y pesada, en plena mejilla. El cigarrillo cayó algunos metros más lejos. Raimundo se demudó*, pero no dijo nada enseguida. Luego preguntó con voz humilde si podía recoger la colilla. El agente respondió que sí y agregó: “Pero la próxima vez sabrás que un agente no es un monigote”. Mientras tanto, la muchacha lloraba y repetía: “¡Me golpeó! ¡Es un rufián!”. “Señor agente”, preguntó entonces Raimundo, “¿permite la ley que se llame rufián a un hombre?”. Pero el agente le ordenó “cerrar el pico”. Raimundo se volvió a la muchacha y le dijo: “Esperá, chiquita, ya nos volveremos a encontrar”.

El agente le dijo que se callara, que la muchacha debía marcharse y él permanecer en la habitación aguardando que la comisaría lo citara. Agregó que Raimundo debería de sentirse avergonzado de estar borracho a punto de temblar como lo hacía. Entonces Raimundo le explicó: “No estoy borracho, señor agente. Estoy aquí, delante de usted, y tiemblo contra mi voluntad”. Cerró la puerta y todos se fueron. María y yo concluimos de preparar el almuerzo. Pero ella no tenía hambre; yo comí casi todo. A la una se fue y dormí un poco.

A eso de las tres llamaron a mi puerta y entró Raimundo. Me quedé acostado. Se sentó en el borde de la cama. Quedó un momento sin hablar y le pregunté cómo había ocurrido el asunto. Me contó que había hecho lo que quería, pero que ella le había dado una bofetada y entonces él le había pegado. En cuanto al resto, yo lo había visto. Le dije que me parecía que ahora estaba castigada y que debía de sentirse contento. Era también su opinión, y observó que el agente había actuado bien.

[...]

Pensé que me bastaba dar media vuelta y todo quedaría concluido. Pero toda una playa vibrante de sol se apretaba detrás de mí. Di algunos pasos hacia el manantial. El árabe no se movió. A pesar de todo, estaba todavía bastante lejos. Parecía reírse, quizá por el efecto de las sombras sobre el rostro. Esperé. El ardor del sol me llegaba hasta las mejillas y sentí las gotas de sudor que se amontonaban en las cejas. Era el mismo sol del día en que había enterrado a mamá y, como entonces, sobre todo me dolían la frente y todas las venas juntas bajo la piel. Impelido* por este ardor que no podía soportar más, hice un movimiento hacia adelante. Sabía que era estúpido, que no iba a librarme del sol desplazándome un paso. Pero di un paso, un solo paso hacia adelante. Y esta vez, sin levantarse, el árabe sacó el cuchillo y me lo mostró bajo el sol. La luz se inyectó en el acero y era como una larga hoja centelleante que me alcanzara en la frente. En el mismo instante, el sudor amontonado en las cejas corrió de golpe sobre mis párpados y los recubrió con un velo tibio y espeso. Tenía los ojos ciegos detrás de esa cortina de lágrimas y de sal. No sentía más que los címbalos del sol sobre la frente e, indiscutiblemente, la refulgente lámina surgida del cuchillo, siempre delante de mí. La espada ardiente me roía las cejas y me penetraba en los ojos doloridos. Entonces todo vaciló. El mar cargó un soplo espeso y ardiente. Me pareció que el cielo se abría en toda su extensión para dejar que lloviera fuego. Todo mi ser se distendió y crispé la mano sobre el revólver. El gatillo cedió, toqué el vientre pulido de la culata y allí, con el ruido seco y ensordecedor, todo comenzó. Sacudí el sudor y el sol. Comprendí que había destruido el equilibrio del día, el silencio excepcional de una playa en la que había sido feliz. Entonces, tiré aun cuatro veces sobre un cuerpo inerte en el que las balas se hundían sin que se notara. Y era como cuatro breves golpes que daba en la puerta de la desgracia.

[...]

María entró. Se había puesto sombrero y todavía estaba hermosa. [...] Le preguntaron enseguida desde cuándo me conocía. Indicó la época en que trabajaba con nosotros. El Presidente quiso saber cuáles eran sus relaciones conmigo. Dijo que era mi amiga. A otra pregunta, contestó que era cierto que debía casarse conmigo.

El Procurador*, que hojeaba un expediente, le preguntó con tono brusco cuándo comenzó nuestra unión. Ella indicó la fecha. El Procurador señaló con aire indiferente que le parecía que era el día siguiente al de la muerte de mamá. Luego dijo con ironía que no querría insistir sobre una situación delicada; que comprendía muy bien los escrúpulos de María, pero (y aquí su acento se volvió más duro) que su deber le ordenaba pasar por encima de las conveniencias. Pidió pues a María que resumiera el día en el que yo la había conocido. María no quería hablar, pero ante la insistencia del Procurador recordó el baño, la ida al cine y el regreso a mi casa. El Abogado General dijo que después de las declaraciones de María en el sumario de instrucción había consultado los programas de esa fecha. Agregó que la propia María diría qué película pasaban entonces. Con voz casi inaudible María indicó que en efecto era una película de Fernandel*. Cuando concluyó, el silencio era completo en la sala. El Procurador se levantó entonces muy gravemente y con voz que me pareció verdaderamente conmovida, el dedo tendido hacia mí, articuló

[...]

El asesinato

Por la amistad ocasional que traba con Raimundo Sentés, Meursault se involucra, circunstancialmente, en una pelea con un grupo de árabes. Raimundo es herido y los árabes escapan. Cuando Meursault baja solo a la playa, ve a uno de ellos.

[...]

El juicio

Meursault es arrestado, interrogado varias veces y llevado a juicio.



lentamente: “Señores jurados: al día siguiente de la muerte de su madre este hombre tomaba baños, comenzaba una unión irregular e iba a reír con una película cómica. No tengo nada más que decir”. [...]

Pero el abogado, al tope de la paciencia, gritó levantando los brazos de manera que las mangas al caer descubrieron los pliegues de la camisa almidonada. “En fin, ¿se le acusa de haber enterrado a su madre o de haber matado a un hombre?” El público rió. El Procurador se reincorporó una vez más, se envolvió con la toga y declaró que era necesario tener la ingenuidad del honorable defensor para no advertir que entre esos dos órdenes de hechos existía una relación profunda, patética, esencial. “Sí”, gritó con fuerza, “yo acuso a este hombre de haber enterrado a su madre con corazón de criminal.”

[...]

El abogado me dejó, diciendo: “El presidente del Jurado va a leer las respuestas. Sólo lo llamarán cuando se pronuncie el fallo”. Se oyó golpear las puertas. La gente corría por las escaleras y yo no sabía si estaban próximas o alejadas. Luego oí una voz sorda que leía algo en la sala. Cuando volvió a sonar el campanilleo, la puerta del lugar de los acusados se abrió y el silencio de la sala subió hacia mí, el silencio y la singular sensación que sentí al comprobar que el joven periodista había apartado la mirada. No miré en dirección a María. No tuve tiempo porque el Presidente me dijo en forma extraña que, en nombre del pueblo francés, se me cortaría la cabeza en una plaza pública. Me pareció reconocer entonces el sentimiento que leía en todos los rostros. Creo que era consideración. Los gendarmes se mostraron muy suaves conmigo. El abogado me tomó la mano. Yo no pensaba en nada. El Presidente me preguntó si no tenía nada que agregar. Reflexioné. Dije: “No”. Entonces me llevaron.

[...]

En prisión

Meursault recibe en la cárcel la visita de un capellán, quien, tras una larga discusión, le dice que está con él aun cuando no pueda darse cuenta porque tiene el corazón ciego. Poniéndole la mano en el hombro, le dice que rogará por él. Meursault estalla en cólera.

[...]

Entonces, no sé por qué, algo se rompió dentro de mí. Me puse a gritar a voz en cuello y lo insulté y le dije que no rogara y que más le valía arder que desaparecer. Lo había tomado por el cuello de la sotana. Vaciaba sobre él todo el fondo de mi corazón con impulsos en que se mezclaban el gozo y la cólera. Parecía estar tan seguro, ¿no es cierto? Sin embargo, ninguna de sus certezas valía lo que un cabello de mujer. Ni siquiera estaba seguro de estar vivo, puesto que vivía como un muerto. Me parecía tener las manos vacías. Pero estaba seguro de mí, seguro de todo, más seguro que él, seguro de mi vida y de esta muerte que iba a llegar. [...] Nada tenía importancia, y yo sabía bien por qué. También él sabía por qué. Desde lo hondo de mi porvenir, durante toda esta vida absurda que había llevado, subía hacia mí un soplo oscuro a través de los años que aún no habían llegado [...].

Me ahogaba gritando todo esto. Pero ya me quitaban al capellán de entre las manos y los guardianes me amenazaban. Sin embargo, él los calmó y me miró en silencio. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se volvió y desapareció.



En cuanto salió, recuperé la calma. Me sentía agotado y me arrojé sobre el camastro*. Creo que dormí porque me desperté con las estrellas sobre el rostro. Los ruidos del campo subían hasta mí. Olores a noche, a tierra y a sal me refrescaban las sienes. La maravillosa paz de este verano adormecido penetraba en mí como una marea. En ese momento y en el límite de la noche, aullaron las sirenas. Anunciaban partidas hacia un mundo que ahora me era para siempre indiferente. Por primera vez desde hacía mucho tiempo pensé en mamá. Me pareció que comprendía por qué, al final de su vida, había tenido un “novio”, por qué había jugado a comenzar otra vez. Allá, allá también, en torno de ese asilo en el que las vidas se extinguían, la noche era como una tregua melancólica. Tan cerca de la muerte, mamá debía de sentirse allí liberada y pronta para revivir todo. Nadie, nadie tenía derecho de llorar por ella. Y yo también me sentía pronto a revivir todo. Como si esa tremenda cólera me hubiese purgado del mal, vaciado de esperanza, delante de esta noche cargada de presagios y de estrellas, me abría por primera vez a la tierna indiferencia del mundo. Al encontrarlo tan semejante a mí, tan fraternal, en fin, comprendía que había sido feliz y que lo era todavía. Para que todo sea consumado, para que me sienta menos solo, me queda esperar que el día de mi ejecución haya muchos espectadores y que me reciban con gritos de odio.

Albert Camus: *El extranjero*, Buenos Aires, Emecé, 2002 (fragmento).

*

demudarse: alterarse.

impelir: impulsar.

Procurador: profesional del derecho que ejerce ante juzgados y tribunales la representación procesal de cada parte.

Fernandel: nombre artístico de Joseph D. Constantin (1903-1971), famoso actor cómico francés.

camastro: lecho desaliñado, se refiere a su cama en la celda.

1. La escena con la policía

¿Qué diferencias y qué semejanzas encuentran entre la escena de Meursault, Raimundo y el agente con la escena que protagonizó el señor Lanari con el vigilante? Presten atención a la actitud y el comportamiento de los personajes y a la perspectiva desde la que se cuenta la escena. ¿Siente Meursault el mismo desprecio que Lanari por Raimundo y el policía? ¿Meursault también se siente “invadido”? Justifiquen sus respuestas.

2. El narrador y el personaje

El cuento de Rozenmacher está narrado en tercera persona; la novela de Camus, en primera.

¿Cuál de las dos técnicas consideran más eficaz para transmitir al lector los sentimientos del personaje?

Justifiquen sus respuestas con ejemplos tomados de los textos.



Albert Camus recibió el premio Nobel de Literatura en 1957.

La absurda existencia humana

Algunos filósofos existencialistas, como Sartre, descubrieron en la literatura un camino eficaz para transmitir su pensamiento. La obra del escritor Albert Camus se asocia con este movimiento dado que presenta temas como el absurdo de la existencia, la indiferencia del universo y la necesidad del compromiso en una causa justa, pero además debe considerarse como un producto profundamente influenciado por el contexto histórico.

Herida por dos guerras mundiales, Europa se encontraba, entre 1939 y 1940, desolada por la invasión de los ejércitos nazis. La ocupación provocó un clamor universal de protesta al que Camus adhirió muy intensamente en Francia, primero en la clandestinidad y luego en la Resistencia. A través de sus obras y de sus innumerables artículos periodísticos denunció la irracionalidad de esa guerra e intentó advertir acerca del tipo de sociedad que la guerra había gestado y que había extirpado a la especie humana sus pasiones y sus sueños.

El extranjero se publicó en 1942, durante la guerra que terminó en 1945. Se la considera una novela existencialista porque responde a los principios de esa corriente filosófica. La imposibilidad de explicar el absurdo de la existencia humana y la convicción de que la única manera de resistir ese absurdo es viviendo la vida de manera apasionada; la dificultad para aprehender la realidad en términos racionales, y la necesidad de que el escritor comprometido denuncie esta irracionalidad ante sus semejantes son algunos de esos principios.

El pensamiento existencialista se relaciona, así, con el horror provocado por una guerra que trajo consigo la desvalorización total de la vida humana. Ante esa realidad, el protagonista de *El extranjero* plantea que la vida carece de sentido. Meursault es un personaje que siente una profunda apatía ante todo lo que lo rodea. Narra los hechos desde un padecimiento tan grande, inmerso en una existencia que se torna tan injusta que, en cierta forma, se vuelve insensible ante la situación de matar o de morir. Efectivamente, mata a un árabe, pero no sabe por qué. No reconoce, él mismo, por qué vive, por qué morirá ni por qué será ajusticiado en el final del relato.

El “extranjero” es un extranjero de la vida, un exiliado de la verdad establecida. Sus únicas certezas parecen ser la ausencia de verdades y la falta de sentido para la vida y para la muerte. La apatía del personaje, que responde a los cánones de la filosofía existencialista, se fundamenta en la ausencia de valores, ya que para Meursault ni el bien ni el mal, ni la vida ni la muerte tienen significado.

Por otra parte, a través del acontecimiento judicial representado en la novela, Camus muestra cómo la sociedad juzga de manera hipócrita: la ley de los hombres parece sentenciar a Meursault tanto por la muerte de su madre como por la del árabe.

La injusticia de la existencia, señaló el propio Camus, es la “gran indiferencia del universo ante las más angustiosas preguntas del hombre”.

Camus contra la censura

En 1946, Camus viajó a los Estados Unidos a dictar conferencias en algunas universidades. Allí conoció a la escritora Victoria Ocampo, quien lo invitó a visitar la Argentina en 1949. Camus aceptó y se hospedó en su casa en San Isidro. Cuando el ministro de Cultura de ese período le pidió a Camus leer previamente su ponencia, el escritor se negó a acatar esa forma de censura y decidió no dar conferencias en nuestro país.

1. Busquen en el texto cómo se manifiestan la indiferencia y la apatía de Meursault.
2. ¿En qué escena el narrador hace patente el absurdo de la existencia humana (la irracionalidad de los hombres en sus acciones, sus leyes y sus evaluaciones)?

3. Justifiquen el título de la novela *El extranjero* a partir de ejemplos (situaciones o escenas) tomados del texto.
4. Basados en alguna experiencia personal, escriban un breve relato en el que el personaje se sienta “extranjero” sin serlo realmente.

TALLER DE ESCRITURA

El interrogatorio

Relean la escena del juicio en la que María es interrogada por el Procurador. El narrador hace referencia a las preguntas y a las respuestas de manera indirecta, es decir, nos se reproduce el diálogo. Escriban la escena del interrogatorio en forma de diálogo.

Mirada que desdén

Elijan uno de los siguientes personajes que tienen en común el desprecio por los jóvenes:

- una anciana que vive sola con muchos gatos en un departamento lujoso;
- un hombre mayor viudo, muy elegante y obsesivamente prolijo.

Imaginen que el personaje debe alojar obligadamente por unos días en su casa a un joven (punk, hippie, rollinga, etcétera) y narren una escena conflictiva (el joven escucha música muy fuerte, se pone gel en el pelo, etcétera) desde la perspectiva del personaje elegido.

Un inocente culpable

Elijan una de las siguientes escenas en las que una persona inocente se ve involucrada en un delito de manera circunstancial:

- una persona ayuda a otra a abrir la puerta de “su” departamento sin saber que es un ladrón;
- alguien ayuda a otro para arreglar la rueda del auto sin saber que es perseguido por la policía;
- alguien se esconde y es testigo de un asalto del que será acusado.

Narren la escena entre el sujeto injustamente acusado con el policía: el interrogatorio, la actitud del sujeto acusado (¿se comporta como Lanari o como Meursault?) y la del policía (¿es como el policía del cuento de Rozenmacher o como el policía de la novela de Camus?).

ITINERARIOS DE LECTURA

■ Las autoras argentinas Beatriz Guido y Sara Gallardo ofrecen una visión crítica de la burguesía. “Una hermosa familia” y “La mano en la trampa”, de Beatriz Guido, son dos cuentos que narran historias en las que se desafían los valores de las familias burguesas. *El país del humo*, único volumen de cuentos de Sara Gallardo, es una reescritura de la historia argentina.

■ Fiódor Dostoievski, el novelista ruso del siglo XIX, es quizá el mayor representante de la literatura existencialista. En *Memorias del subsuelo* (1864), el protagonista enfrenta las pretensiones optimistas del humanismo racionalista.

■ Las novelas del escritor checo Franz Kafka, como *El proceso* (1925) y *El castillo* (1926),

presentan hombres aislados enfrentados a burocracias inmensas y perversas. Los temas que trata Kafka reflejan la influencia de los filósofos Kierkegaard y Nietzsche, de importancia para los existencialistas.

■ También se reflejan conflictos existencialistas en el teatro del absurdo, sobre todo en las obras de Samuel Beckett y Eugène Ionesco.